

## MARAGATERÍA

### LOS ARRIEROS Y LA ESTABILIDAD ECONÓMICA DE LA COMARCA

#### IV.- RECAPITULACIÓN (y II)

Miguel Peña Sanz

##### C.- El declive:

##### Los dos Últimos Tercios del Siglo XIX

En este último período, las Escribanías de Lucillo y Turienzo desaparecen, trasladándose la actividad –y los fondos documentales– a Astorga, con lo que se pierde la rápida identificación de la documentación que hubiera podido producirse en la zona.

Nuestra opinión es que el “Camino a Galicia” dio otra dimensión al tráfico de mercancías y produjo una incurción del capital en esa actividad, en la que fuera del maragato Cordero y sus empresas; conocemos escasos datos de otros paisanos; y el inicio de la diáspora de nuestros arrieros hacia aquellas zonas en las que habían desarrollado su actividad trajinera, y su definitiva fijación en aquellas latitudes. La falta de documentación pudiera en parte suplirse con la tradición oral, cosa no tan descabellada si se tiene en cuenta que el que más y el que menos, pudo alcanzar a oír a su abuelo lo que a su vez el suyo le contó.

Lo que sí tenemos claro es que, al menos tres o cuatro décadas (entre 1840 y 1880) fueron de los años más míseros del campesino maragato. Los arrieros, unos –los más modestos– seguirían, ahora algunos con carro y otros todavía con recua, ejerciendo el transporte y comercio a pequeña escala, o trabajando como “ordinarios” conectando ésta u otra localidad con los centros comerciales. Los “de medianos posibles” pusieron almacén en los lugares de su ruta, que muchas veces coincidían –a la vista de sus apellidos– con los de su origen; y los “cuantiosos”, es decir aquellos que tenían las tierras y las monedas de oro “a rodo”, o bien se instalaron en las capitales o en su pueblo de origen, prestos a ejercer el descansado y lucrativo oficio de rentista, y prestamista. Como resultado de esta diáspora y reubicación, los escasos puestos de trabajo que creaban en la región los maragatos desaparecieron casi en su totalidad.

¿Y el pueblo llano? Pues, según mi teoría, viviendo miserablemente, pegado al terruño, trabajando a renta las tierras del rico, y esperando –sin aún saberlo– a que llegase el último tercio del siglo, en el que la incipiente industrialización del país y el crecimiento de las capitales de mayor importancia creasen una demanda de mano de obra, primero en muchos casos estacional (p.e., bajar a Madrid en invierno a fabricar chorizos en las carnicerías ya establecidas), y más tarde ya con empleo fijo.

Valdría la pena tomar –como muestra– los datos del crecimiento demográfico de Madrid para saber cuándo comenzaron a llegar a nuestra región los fondos procedentes de los salarios de los paisanos que allí fueron para ocuparse como esclavos/dependientes en las tiendas de alimentación que se fueron abriendo en los nuevos barrios. Es cierto que maragatos fueron –hasta el inicio de nuestra Guerra

Civil– la práctica totalidad de los detallistas de pescado, y después de la contienda en un gran porcentaje; pero conocemos también aportes –aunque en menor medida– a los Gremios de carnicería, salchichería, e incluso panadería. Para poner un ejemplo, mi progenitor “bajó a Madrid” con 12 años, en 1920, a trabajar en una de las dos pescaderías que regentaba un tío materno. Dando saltos atrás en las generaciones, podemos imaginar que esa emigración bien pudo comenzar, como decíamos, a partir de los años 80 del siglo XIX.

Además de que la marcha del hogar paterno aliviaba a la familia del esfuerzo de mantener una boca, el escaso dinero que aquellos rapaces enviaban a casa (era el patrón quien administraba el salario, y rendía cuentas al padre del dependiente en el verano, al visitar el pueblo, su pueblo) sirvió para que se pudiera pasar en mayor proporción de los nabos a las patatas en las sopas cotidianas, a poder disfrutar con mayor frecuencia del sabor del pan tierno (de centeno, naturalmente), y a comprar de vez en cuando algún quión de huerta o algún pedazo de tierra centenal de los que raramente salían a la venta.

Aquellos dependientes pasaron, muchos de ellos, a patronos (sólo hacia falta no ser demasiado vago, o demasiado listo), y con las casas que fueron construyendo en el pueblín, y el envío de la familia en el verano, alegraron la vida de los pueblos “maragatos” en el segundo tercio del siglo XX. Es la época en la que acceden por primera vez a la Universidad algunos de los hijos de aquellos emigrantes, pero hay que reconocer que hoy muchas de esas gentes han perdido la pasión que por sus raíces mostraron sus padres, y apenas visitan el solar de sus mayores.

En definitiva, podríamos decir que los labradores de la Somoza experimentaron una mejora en su modo de vida en los dos primeros tercios del siglo pasado, y después, por el envejecimiento de la población fija, por la falta de empleos, y también –no hay que olvidarlo– por una salvaje repoblación forestal en determinadas áreas, se llegó a una paulatina disminución de su población, hasta alcanzar los niveles actuales, en los que la población fija, además de ser casi nula, tiene una altísima edad media y está formada en su casi totalidad por jubilados.

Quien hoy visite Maragatería, atraído por el insistente repetir de su originalidad, encontrará una media docena de pueblos donde parece que la vida vuelve a resurgir. Pero ni la moda del turismo rural, ni el arreglo de las casonas arrieras, la mejora de las comunicaciones viarias (¡ahora que los pueblos están vacíos!), o la nueva construcción de algunas “mansiones” van a ser capaces de sacar a nuestra región de su más que negro futuro. Eso sí, Maragatería, nuestra Maragatería, pasará a la posteridad como una tierra en la que todos eran arrieros, los más fieles y honrados que nunca hubo en el país, y en la que nuestro origen se difumina en una infinidad de teorías a cual más peregrina.